

## **EL PERFIL PROFESIONAL DEL EDUCADOR CATOLICO.**

**Por Monseñor Agripino Núñez Collado**

Agradezco a la Unión Nacional de Colegios Católicos la amable invitación para que la Universidad Católica Madre y Maestra copatrocinara este Segundo Encuentro Nacional de Educación Católica, como tuvo el honor de hacerlo el año pasado, y para que compartiera con ustedes algunas reflexiones acerca del perfil profesional del maestro y, más específicamente, del educador católico.

Entre los educadores cristianos existe una gran diversidad. Tenemos en las escuelas, a diferentes niveles, y también en las universidades, educadores cristianos que son desde dignatarios de la Iglesia y sacerdotes hasta personas que no han tenido la oportunidad de una formación religiosa apropiada.

Considero innecesario referirme aquí al religioso educador, es decir, a aquella persona que tiene una consagración religiosa y que, por tanto, está comprometida a un mayor servicio a la Iglesia. En este trabajo sobre el Perfil Profesional del Educador Católico nos vamos a referir, específicamente, al laico que se dedica a educar desde la escuela o desde la cátedra de la universidad católica.

### **EL PERFIL PROFESIONAL**

El perfil profesional se puede definir como el “conjunto de rasgos, aptitudes, hábitos y disposiciones psico-sociales que se requieren en el desempeño de una determinada actividad profesional, en conformidad a los requerimientos socio-situacionales”.

El perfil profesional implica también la conciencia cabal de la tarea a desempeñar y el conocimiento profundo del medio en que se desarrolla la actividad profesional. En el caso concreto de un maestro de matemática o de un especialista en idiomas, por ejemplo, no basta con los conocimientos matemáticos o lingüísticos. Se requiere, además, un mínimo de conocimientos pedagógicos, antropológicos y psi-

co-sociales y el dominio de elementos evaluativos, entre otras habilidades.

El sentido de la profesión implica, además, ideales y objetivos claros, conciencia del destino vocacional de cada ocupación y fuerzas motivacionales, conscientes y activas, que impulsen al que la ejerce al desempeño digno y entusiasta de sus actividades.

Igualmente, es necesario conocer el medio en que se desarrolla la actividad. En el caso de un maestro, no resulta apropiado el uso de la misma metodología en la enseñanza de una materia determinada con estudiantes, por ejemplo, del Distrito Nacional o de las ciudades de mayor desarrollo relativo y con estudiantes de pequeñas poblaciones o de las áreas rurales. Inclusive, en ciudades como Santo Domingo y Santiago hay diferencias entre el estudiante que vive en las grandes urbanizaciones o en el centro de la ciudad (donde normalmente residen no sólo las familias más acomodadas, sino también las de mayor nivel cultural) y los que viven en los barrios marginados, donde el hacinamiento y las limitaciones de toda índole imposibilitan el acceso a las fuentes que ayudan a enriquecerse intelectualmente al individuo, como las bibliotecas y las actividades de carácter artístico-cultural.

Es preciso no caer en la superficialidad de definir el perfil profesional sólo en términos de las habilidades y destrezas básicas que debe poseer el individuo en función de los requerimientos de la profesión. Se reconoce que la enunciación del repertorio de cualidades que son requeridas en una carrera a plazo inmediato, en su desempeño estrictamente laboral, puede conducirnos a un enfoque exclusivamente utilitario que, a su vez, podría dar una visión simplista del problema al enmarcar el perfil dentro de un determinado número de “destrezas y habilidades básicas” y un número de “destrezas complementarias” que garantizarían el éxito en el ejercicio de cada profesión.

De ahí que el diseño del perfil profesional debe incluir, como un elemento primordial, principios y fundamentos de valores y de “sentido” de un quehacer humano específico. El sentido es “la ausencia de contradicción y de conexión con los valores” y por esto se afirma que “el hombre no puede vivir sin sentido, de acuerdo a su esencia, sin una reflexión sobre los fundamentos espirituales de su conducta y acción, y con ello sin un punto de vista axiológico...”. Todo perfil, por tanto, remite necesariamente a los valores que en cada profesión deben sucitarse, lo cual supone:

1. La toma de conciencia, por parte del individuo, de los valores que

- requiere el ejercicio profesional;
2. La capacidad del sujeto para transformar esta apreciación valorativa en “vivencias” de compromiso. Así, el perfil profesional se estructurará en una jerarquía de valores que animará el compromiso existencial y el aporte socio-vocacional del participante. Esta jerarquía de valores debe ser el fruto de actos de opciones personales y no de la imposición, desde afuera, de características y patrones para cada profesión, ya que la definición personal de la jerarquía de valores y el consecuente compromiso con esos valores va a diseñar un “estilo” personal de realizar la labor en el mundo por parte de cada una de las personas que están llamadas, en apariencia, a realizar idénticas funciones; por tanto, este diseño del perfil, en términos de valores, exige que sea la fuerza interior la que se proyecte hacia afuera; la vitalidad interior la que impulse la actividad exterior y no al revés, es decir, que el requerimiento externo o de la situación específica imponga el sello a nuestra actividad profesional.

## **PERFIL DEL MAESTRO**

El Diccionario de la Real Academia, entre otras acepciones, dice del maestro, “el que enseña una ciencia, arte u oficio o tiene título para hacerlo”. Maestro también es “el que es práctico en una materia y la maneja con desembarazo”.

Esto implica disposiciones naturales o aptitudes para ejercer el oficio. Por eso, el magisterio nunca debería ser un trabajo improvisado. En muchos países, los primeros pasos del maestro son supervisados por expertos o profesores con más años de servicio pues, es evidente, el magisterio implica también un aprendizaje que se realiza en el ejercicio del propio quehacer. Por supuesto, aparte de los conocimientos en la materia que se enseña y de otras habilidades básicas, el maestro requiere destrezas específicas, por lo menos, en algunas de las muchas facetas de la personalidad humana.

La actividad magisterial requiere fuerzas motivacionales conscientes y activas. El maestro no puede ser un simple asalariado, es decir, debe estar consciente de que su trabajo es diferente al que se realiza en otras actividades profesionales: en una fábrica, en una industria o en una empresa, por ejemplo. Mientras allí la meta es la eficiencia en el sentido del aumento de la producción y de la productividad, en el aula el maestro actúa con seres humanos, con hijos de Dios. Si

bien es cierto que en su trabajo debe lograr también la mayor eficiencia, el maestro debe tener siempre presente que su acción la realiza sobre el hombre, ese hombre que Juan Pablo II define como “único e irrepetible... alguien eternamente ideado y eternamente elegido: alguien llamado y denominado por su nombre...” Un hombre que a pesar de sus caídas sigue manteniendo “la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social en el ámbito de la propia familia, de la sociedad, de la propia misión o pueblo, en el ámbito de toda la humanidad”.

La función del maestro debe ser la de “ayudador”, para usar la expresión del profesor A. W. Combs. Esto es así porque el maestro,

- “1. Ha de servir por medio de respuestas eficaces y rápidas;
2. Debe ser capaz, de un modo peculiar, de combinar conocimientos, comprensión y una manera única de usar su propio yo para ayudar a otros;
3. Debe lograr una autopercepción eficiente mediante el esfuerzo por entender a los demás y, por tanto,
4. Ha de ser ejercida (la profesión de maestro), preferentemente, por gente reflexiva, solucionadora de problemas”.

El Concilio Vaticano II especifica que no debemos caer en el error de identificar la educación con la escuela y la educación cristiana con las escuelas católicas, ya que se debe procurar que la educación cristiana también tenga lugar en escuelas que no son las de la Iglesia.

Es evidente que las escuelas católicas, por su doble condición de ser escuelas y de ser católicas, deben tener una visión clara sobre lo que es el hombre llamado a vivir una vocación específica y cuyo crecimiento humano es la razón de ser de la educación.

Es por eso que Puebla enfatiza el llamado a formar cristianos auténticos, con todas las demás exigencias que de esto se derivan, para responder a la tarea que debe realizar un cristiano en Latinoamérica. Esta nueva visión de la Iglesia significa un nuevo desafío para la educación católica, por cuanto está llamada a formar cristianos que integren la Iglesia como sacramentos vivos y a vivir la fe en su proyección social y evangelizadora.

Toda escuela ha de definirse como un proyecto educativo, un proyecto que, a su vez, está centrado en una determinada cosmovisión del hombre y de la realidad. En la Declaración Conciliar “Gravissi-

mum Educationis”, al referirse a la escuela católica, se afirma que “ésta persigue, en no menor grado que las demás escuelas, los fines culturales y la formación humana de la juventud. Su nota distintiva es crear un ambiente de la comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo, según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo, y ordenar, finalmente, toda la cultura humana según el mensaje de la salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre”.

Como se afirma en el Documento de la Escuela Católica, “en el proyecto educativo de la escuela católica, Cristo es el fundamento... Precisamente, por la referencia explícita, y compartida por todos los miembros de la comunidad escolar, a la visión cristiana... es por lo que la escuela es católica, porque los principios evangélicos se convierten para ella en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo metas finales”. (EC. 34).

Ante las deficiencias de la familia y de la sociedad en el campo de la formación integral de la personalidad cristiana, la escuela católica debe asumir la misión específica de suplir este vacío y lo hace enseñando a los jóvenes a encontrar una motivación trascendente en las diversas situaciones de su vida personal, estimulándolos a superar el individualismo y a descubrir, a la luz de la fe, que están llamados a vivir en un contexto de solidaridad con los demás hombres.

Es preciso que la escuela católica ayude a nuestros jóvenes a definir su concepto acerca del bien y del mal, en el sentido de que es bien aquello que expansiona las personas (a mí mismo y a los otros que tienen el mismo valor que yo), profundizando su interioridad y abriéndolas a una comunicación intersubjetiva que se pretende universal. Y es mal lo que impide la comunión de las personas (tanto para sí como para los otros), prefiriendo la diversión superficial, el repliegue egoísta, la dureza orgullosa, la alienación y el odio.

En este sentido, el término educación significa el empeño de ayudar a otros a crecer y a madurar en su vida personal y, en el caso de la educación católica, además, a hacer crecer al individuo en cuanto cristiano. La escuela católica es, pues, un punto donde convergen una actividad cultural y una actividad eclesial.

Paulo VI calificó el distanciamiento entre el evangelio y la cultura como el drama de nuestro tiempo. Esta separación entre la ciencia y la fe viene desde el Renacimiento, cuando, a causa de la Reforma

Protestante y de otros acontecimientos de tipo político, se rompió el lazo que unía a la Iglesia con las universidades, a las que habría ayudado a fundar. A partir de ese momento, los pensadores católicos se forjaron en los seminarios y en los monasterios, mientras que los pensadores "científicos" recibieron su educación en las universidades laicas.

Precisamente uno de los elementos más novedosos de Puebla es la relación que hace entre la fe y la cultura, analizándola desde una perspectiva histórica. Sin embargo, el distanciamiento a que alude el Papa Paulo VI lo presenciamos en los propios centros católicos, cuando se analiza la realidad o se estudia la ciencia sin iluminarla con la fe.

En el Documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica se sugieren algunas pautas para subsanar esta modalidad "desacralizante":

- a. Los estudiantes, más que un cúmulo de conocimiento, requieren una visión de globalidad del saber, es decir, aquella sabiduría de la que Santo Tomás decía: "... introduce en una comprensión de la totalidad del ser ... y por tanto ayuda a obrar en forma ordenada";
- b. El enfoque de las diversas disciplinas ha de conducir al descubrimiento de que hay muchas formas de acercarse a la verdad y, por tanto de convertirse en caminos de una más plena formación humana y de apertura a la trascendencia;
- c. La preocupación porque, a través de las asignaturas, el educando tome conciencia de que el evangelio es un gran aporte para los cambios que requiere el mundo, los que sólo son posibles a través de la conversión personal;
- d. Al lograr la unidad entre la fe y la cultura, la escuela católica ayuda a discernir los valores culturales de los antivalores. La cultura le indicará el proceso en el que el presente se recrea del patrimonio cultural del pasado y se proyecta hacia el futuro. La fe le ayudará a no dar valor absoluto a los valores temporales y a encontrar el verdadero sentido a los mismos.

Finalmente, será muy difícil conseguir todo esto, si la escuela católica no hace referencia a la realidad cultural que el educando trae

consigo desde su ambiente. Educar implica ayudar a crecer a partir de lo que se tiene. Por tanto, si nos atenemos a un programa de estudios sin tomar en cuenta la vida concreta del estudiante, resultará difícil que éste pueda discernir los valores de los antivalores y contribuir así a formar al hombre en forma integral.

La escuela católica debe interesar a sus educandos en el conocimiento de la realidad y de sus problemas en su interpretación objetiva, pero debe evitar su "ideologización". Al mismo tiempo, la escuela debe conocer las vivencias de los estudiantes, ya que idénticos valores serán captados y vividos de manera diferente por quienes viven en realidades distintas.

Si fuésemos a descubrir los valores fundamentales que debieran formar parte del perfil específico del educador católico, sería necesario anotar los siguientes:

- 1. Disponibilidad**, es decir, la capacidad de estar siempre a disposición de "el otro", del prójimo. Por eso, en la escuela católica entendida en su sentido más amplio, no debieran tener cabida ni los apáticos, ni los mediocres, ni los indiferentes; en una palabra, aquellos que no saben ni de dónde vienen ni a dónde van, pues un profesor, ante todo, debe ser un orientador, un sembrador de esperanzas, de entusiasmo y de optimismo. La mera transmisión de conocimiento no requeriría del profesor, se puede hacer usando medios audiovisuales.
- 2. Intersubjetividad**, es decir, descubrir en "el otro", en el prójimo, a alguien que me interpela y me llama a ser persona.

La riqueza del proceso educativo radica precisamente en su intersubjetividad: es un encuentro de voluntades y de motivaciones, es un empujar al otro a encontrar nuevas respuestas al mismo tiempo que se enriquece uno mismo.

- 3. Autenticidad** en el encuentro con los demás y consigo mismo. En este sentido, San Pablo, en su Carta a los Romanos, (7.9 ss), nos describe la situación del hombre que conoce los mandamientos de Dios pero no ha encontrado Su amor. Es un hombre inauténtico porque en él luchan dos fuerzas opuestas y; por tanto, no es realmente libre. A ese hombre lo va a salvar el amor a Jesucristo. Hermosa lección ésta que nos demuestra la causa última donde habre-

mos de encontrar la fuente de la autenticidad frente a la otra causa que nos inclina al mal, el pecado.

4. **Responsabilidad** intelectual, afectiva y moral frente a los otros. Juan XXIII en la Encíclica *Madre y Maestra* expresa: “Es de suma importancia que se eduque a las nuevas generaciones con un profundo sentido de la responsabilidad en todas las manifestaciones de la vida”. (MM. 195).
5. **Capacidad para superar toda forma de indiferencia**, no sólo indiferencia ante los problemas de la sociedad o los problemas personales de los alumnos, sino también rechazo de la comodidad que muchas veces implica no estar actualizado en las áreas científicas que se imparten, ni estar al día en el pensamiento de la Iglesia. Esta forma de indiferencia degenera en inmoralidad cuando la misma impide que un maestro cumpla con sus obligaciones.

Creo que todos estaremos de acuerdo en que en un mundo de las características del que nos ha tocado vivir, se hace imprescindible la presencia de un liderazgo activo que contribuya a cambiar los actuales esquemas por modelos más apropiados de mejoramiento integral.

En efecto, parece haber consenso en la apreciación de que vivimos en una sociedad afectada por una crisis profunda, caracterizada por la violencia que el hombre de hoy ejerce, con ferocidad inaudita, contra sí mismo, contra sus semejantes y contra la naturaleza. Una sociedad que luce carente de ideales, confundida por la quiebra de los valores en que se cimentaba, en la que parece más importante tener más que ser más.

Esta sociedad, entonces, requiere de un liderazgo cuya misión es eminentemente moral, que devuelva al hombre la dirección de su propio destino por la puesta en vigor, nuevamente, de los valores que configuran su condición y su dignidad de hijo de Dios. Este líder o dirigente —que no debe confundirse con el líder político— debe caracterizarse por su claridad de miras, su independencia de criterios, su originalidad en el pensar y su sólida formación moral e intelectual. Maestros mediatizados o mediocres, sin un concepto de su responsabilidad y de los altos propósitos de su ministerio, es difícil que puedan formar a los constructores de la nueva sociedad.



Como se sabe, el liderazgo es la capacidad para conducir, para guiar, para motivar, para entusiasmar y, en el caso específico del maestro, el liderazgo debiera tener características "misioneras", es decir, que esté movido por el desinterés y en función de servicio a la comunidad.

Esa responsabilidad del maestro debe tener en cuenta detalles que a veces nos parecen mínimos. Para dar sólo un ejemplo, voy a referir lo que escuché de un alto ejecutivo de una compañía multinacional en una reunión de líderes educativos celebrada hace ya algún tiempo y quien nos enrostraba el hecho de que, a veces, tenían que despedir jóvenes profesionales recién graduados por falta de puntualidad en su trabajo. Este ejecutivo responsabilizaba de esa situación a los profesores que no fueron capaces de inculcarles el valor del tiempo y de la puntualidad y que, quizás, dieron ellos mismos el mal ejemplo al no cumplir puntualmente con su labor docente, olvidando que el trabajo del profesor está más allá de la mera transmisión de conocimientos.

Esto quiere decir que, en el mundo en que vivimos, el docente que limite su acción a la comunicación de una lección a veces repetida año tras año, difícilmente puede justificar su presencia en una institución educativa.

6. **Buen criterio**, o sea, sentido para actuar con armonía interior y con adhesión hacia el otro.
7. **Amor a la verdad**. Esta disposición a buscar la verdad, la razón de ser del mundo y de las cosas, va unida a una tolerancia con respecto a las "verdades" de los demás y, en el plano terrenal, al convencimiento de que las verdades son relativas y de que todas dependen de una Verdad que las engloba y que encuentra su explicación en el mismo Dios.
8. **Fe o creencia**, que es la fuerza viva que hará posible la realización del proyecto humano mío y del otro. Por tanto, la fe exige una praxis consecuente con ella pues, cuando se tiene fe, se ama y, cuando se ama, se cumple. La escuela católica ha de formar un cristiano con el conocimiento amoroso de Cristo, no exclusivamente con rudimentos de la Biblia y de cultura religiosa. Por tanto, la fe viene a ser la causa de una vida de entrega, una vida en su auténtico y profundo sentido, que permitirá la formación de una nueva

sociedad basada “en la civilización del amor”.

Convergiendo esas características en la persona del educador católico, podríamos conseguir que la “educación humana”, es decir, el proceso cultural de maduración de la persona en su propio ambiente concreto se manifieste en la “educación cristiana”, o sea, en una dimensión original y específica de la acción pastoral de la Iglesia. Es preciso, pues, que el educador católico deba estar imbuido de que el proceso de educación es una experiencia alimentada por la caridad, lo que supone una especial sensibilidad pedagógica por el misterio de Cristo y una actitud optimista hacia la consideración de la realidad humana, así como al cultivo de sus grandes valores.

## **EL PROFESOR Y LA CONSTRUCCION DE LA NUEVA SOCIEDAD**

Diría que el cien por ciento de los estudiantes de las escuelas católicas se declaran cristianos. Gran parte de ellos, o sus padres, es preciso reconocerlo, se sintieron atraídos por el colegio, por el nivel académico de los mismos o por el ambiente moral o, en algunos casos, por integrarse a un grupo social determinado; muchos practican algunos deberes religiosos y la inmensa mayoría proviene de familias católicas cuya fe la han recibido por transmisión hereditaria, más que por convicción o por formación.

En otras palabras, la presencia de un maestro-ejemplo es la gran semilla que fructificará en alumnos convencidos de su misión trascendente que mañana serán capaces de contribuir a edificar “la paz en la justicia”.

Lo que es imprescindible es que el maestro de la escuela católica asuma un apostolado laico, una acción evangelizadora, para lograr una iglesia viva en la escuela cristiana.

La nueva visión de la Iglesia implica un reto para la educación católica, que está llamada a formar cristianos en un nuevo humanismo en que el hombre queda definido principalmente “por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia”. (GS. 55). Ese nuevo humanismo “permitirá al hombre moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación. Así podrá realizar en toda su plenitud el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas”. (PP. 20).

Estará así el educador católico formando “hombres capaces de hacer historia”, (DP. 274), que actúen a la vez con actitud “de total confianza, de máxima responsabilidad y compromiso” (DP. 276). En una palabra, cristianos, como ha dicho el Papa Juan Pablo II en su Alocución a los Laicos, “con vocación de santidad, sólidos en su fe... firmes y activos en la Iglesia, cimentados en una densa vida espiritual... perseverantes en el testimonio y la acción evangélica, coherentes y valientes en sus compromisos temporales, constantes promotores de paz y justicia... agudos en el discernimiento crítico de las situaciones e ideologías a la luz de las enseñanzas de la Iglesia y confiados en la esperanza en el Señor”.

Estoy seguro de que es bajo estas iluminantes exhortaciones que la escuela y los educadores católicos dominicanos están realizando su misión de Iglesia. Lo digo sinceramente, porque conozco la labor que vienen desarrollando muchos de estos centros, de cuyos egresados nos nutrimos en la Universidad Católica Madre y Maestra, y donde son ejemplo frente a los estudiantes que provienen de otro tipo de escuela en la que el ingrediente cristiano no aparece como elemento primordial.

Permítanme finalizar estas reflexiones felicitando a la Unión Nacional de Colegios Católicos por la iniciativa y el éxito de este Segundo Encuentro y a todos los maestros aquí presentes por la generosa disposición de dedicar su tiempo y el don de sí mismo para contribuir al mejoramiento de la Patria de Duarte y de la Iglesia, a través de la formación integral de uno de sus más ricos tesoros: la juventud dominicana.

Que el Señor bendiga los trabajos del día de hoy, nos ilumine siempre y nos dé las fuerzas necesarias para seguir colaborando con el acrecentamiento de su reino a través del apostolado difícil y no siempre comprendido que intentamos realizar desde los centros educativos católicos.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS